

las montañas, ya solo, ya con su estudiante alemán, que cada vez le inspiraba una simpatía más viva.

XV



Asó Saint-Julien todo el día encerrado en su cuarto, resuelto á darse por enfermo si le hacía llamar la princesa, pero no le llamó, y cansado de sufrir solo, salió hacia el anochecer para distraerse un poco. Acordóse entonces del estudiante con quien había hecho conocimiento la víspera, y con quien tenía una cita en el café del Sol de Oro.

Hallóle ya sentado á la mesa, fumando junto á una botella de cerveza aún no destapada y dos vasos boca abajo.

Saludáronse cordialmente pero no pudo Saint-Julien, por más que hizo, mostrarse alegre, y el estudiante, sosteniendo casi él solo la conversación, estuvo aún más amable que el día anterior: juntos permanecieron hasta las once de la noche, hora en que se levantó Spark, diciendo que era esclavo de sus costumbres arregladas y que nunca se acostaba más tarde, pero le propuso un largo paseo para el siguiente día. Nada deseaba tanto Luis como huir de la atmósfera de la corte; hizo preguntar á Quintilia si tendría algo que mandarle aquel día, y como su respuesta fué que podía disponer de sus horas como gustase por todo el resto de la semana, no paró en palacio, por espacio de varios días, más que las horas consagradas al sueño. Empleó todo su tiempo en pasear por



No tardó Saint-Julien en profesar á aquel joven el más sincero cariño, ni hubiera podido ser de otro modo con su exce-

lente corazón y elevados sentimientos. Era Spark uno de aquellos hombres de una naturaleza tan recta y armoniosa, que á primera vista se les estima, y luego, cuanto más se les trata, se les estima más: era sencillo y franco: no aspiraba á ninguna superioridad y de todo juzgaba con acierto. Fácil era conocer que sabía más de lo que decía, pero su circunspección nada tenía de altanera; procuraba agradar, pero no rayaba en aquella empalagosa afectación de finura que revela poco talento ó un corazón árido y seco. Parecía juntamente hombre de carácter y servicial, sensible para los demás, indolente para sí mismo; tenía en la Providencia una confianza novelesca, pero no pueril, que parecía ser la consecuencia de una vida sin mancilla y de un corazón generoso. Su sensibilidad no era fogosa y febril como la de Saint-Julien, y éste fué sintiendo cada vez más la necesidad de buscar un apoyo en la calma y dulzura de un alma más fuerte y serena que la suya. Oprimido por su acerbo dolor, devorado por su continua incertidumbre, no sabiendo á qué decidirse con respecto á la princesa y aun á sí mismo, resolvió confiarse á aquel hombre tan inteligente, tan bondadoso, y al mismo tiempo tan prudente, y pedirle consejos. No dejaba de inspirarle cierta repugnancia la idea de abrir á otro su corazón, porque á decir verdad no era naturalmente expansivo: Galeotto había sorprendido los secretos de su alma y no los comprendía; además, el carácter de aquel joven era demasiado opuesto al suyo para que pudiese resultarle ventaja ó placer alguno de su confianza con él; antes por el contrario, tenía el arte de irritar todas sus heridas.

Tomó en fin no sin trabajo el partido de consultar sus dudas con Spark, y una mañana hallándose de paseo en la colina donde se vieron por primera vez, suplicóle que se sentase sobre la hierba á su lado y suspendiese sus observaciones botánicas por otras de psicología.

—¿Sobre quién?—preguntó Spark sonriendo;—¿sobre vos ó sobre mí?

—Sobre mí si no lo lleváis á mal, amigo mío; tengo un secreto que me pesa y á nadie puedo confiar; quisiera decírosle.

—Con mucho gusto—respondió el estudiante;—no me recusaré afectando una modestia importuna. Los que hacen ascos

para escuchar una cosa en confianza, son los que temen tener que guardar un secreto ó hacer un servicio.

—Grande es sin duda el que os voy á pedir—dijo Saint-Julien.—No reclamaré el apoyo de vuestro brazo para salir del duro trance en que me encuentro, pero llamaré á vuestro corazón en ayuda del mío; un buen consejo es lo que os pido.

—Y es pedir mucho, en efecto—respondió Spark.—No os prometo satisfacerlos, pero haré por ello cuanto dependa de mí; ambos discurriremos y Dios nos ayudará.

—Vos estáis, amigo mío, con respecto á las cosas que me interesan, en una posición enteramente desinteresada—dijo Luís;—no conocéis á la persona de quien voy á hablaros, y la juzgaréis imparcialmente con arreglo á los hechos que os voy á referir.

—Pero advertid, querido amigo, que es cosa muy seria la que me proponéis. Si desnaturalizáis los hechos ó si ignoráis alguno, podrá suceder muy bien que pronuncie un juicio erróneo.

—Juzgaréis sólo ateniéndoos á los que conozco y os diré, y como no estáis bajo los hechizos de la víbora, podéis juzgar de todo mejor que yo.

—¿Se trata de una historia de amores y de una mujer, según veo?

—Se trata de una mujer, sí. ¿Conocéis á la princesa Quintilia?

—¿Cómo queréis que la conozca cuando hace sólo ocho días que llegué á este pueblo?

—¿Os ha hablado alguno de ella?

—Sí; algunos particulares á quienes ha protegido, algunos pobres á quienes ha dado limosna, me han dicho que es una mujer muy benéfica.

—Todas esas mujeres lo son—dijo Luís.

—¿Qué mujeres?—preguntó Spark con suma ingenuidad.

—¡Ah! amigo mío, y cómo veo que no la conocéis!—exclamó Saint-Julien;—si así no fuera, no me preguntaríais qué mujer es.

—Veo que no tenéis de ella la más alta opinión—dijo Spark;—pero si en efecto vuestra opinión está ya formada, ¿para qué me consultáis?

—Para saber si debo huir de ella y olvidarla, ó perseguirla

y quitarla la mascarilla. Voy á contaros cuánto me ha sucedido en los siete meses que hace que salí de la casa paterna.

Escuchó Spark la historia de Saint-Julien con suma atención, pero con tanta calma, que no pudo el joven, en ningún paso de su narración, presentir el juicio que formaba el oyente. No se vió un solo pliegue en el bello y sereno rostro del estudiante, y el humo de su pipa se exhaló en bocanadas tan regulares como el día anterior, cuando escuchó á Luís en el café del Sol de Oro leer en alta voz la gaceta de Augsburgo.

Luego que Saint-Julien hubo acabado, hizo Spark una especie de gesto que consiste en acandilar un poco el labio inferior, y que generalmente se puede traducir por estas palabras:—Todo eso no merece la pena de pensar tanto en ello.

Después de breve silencio, dejó su pipa sobre la hierba y le dijo:

—Amigo mío, antes de deciros lo que pienso de la princesa Quintilia, permitidme que os diga lo que pienso de vos. Sois muy noble, pero muy orgulloso; muy virtuoso, pero muy intolerante; muy sincero, y sin embargo muy desconfiado. ¿De dónde procede esto? ¿No habéis sido educado por un sacerdote católico?

—Sí—respondió Luís—y fué mi mejor amigo.

—Entonces, comprendo vuestro carácter, y sin dejar de reconocerle por muy bello, quisiera que tomaseis sobre vos el cuidado de modificarle y alisar su corteza áspera y nudosa. No creo que el pajecillo os haya dado buenos consejos; le miro como un intrigante peligroso y de mal corazón. Lejos de burlarme, como él, de vuestros principios, los apruebo rigurosamente, y declaro que si vuestra princesa Quintilia fuera tal cual la juzgáis en este momento, bien haríais en huir de ella y olvidarla, pero...

Hizo en esto Spark una breve pausa y reflexionó; luego prosiguió:

—Pero creo que os engañáis de medio á medio y que es una excelente mujer.

—¿Cómo! ¿Á pesar del asesinato de Max?

—No creo en el asesinato de Max—dijo Spark sonriendo;—jamás creeré que la muerte de un hombre esté suficientemente probada por su ausencia, y el asesinato de un amante por una palabra ligera por un lado y un fruncimiento de cejas por

otro. Esa historia me parece muy buena para dormir á los niños y darles tristes ensueños.

—¿No creéis en ese crimen? Haced que yo no crea en él; nada deseo tanto como arrancar esta ascua de mi corazón. ¿Pero el vicio, la disolución?

—¡Ah! ah! ¿Sus galanteos, queréis decir? Una mujer puede tenerlos y ser una buena mujer. Yo de mí sé decir que no me gustan esas mujeres, pero no por eso las tiro pedradas, y paso á su lado sin decirlas ninguna injuria. Si la princesa Quintilia está en ese caso, no habléis mal de ella; dejadla y no volváis á acordaros de semejante mujer.

—Todo eso os parece fácil, Spark; pero yo tengo el alma abrasada de cólera y celos.

—Mal hecho.

—Pero en fin, lo que os he contado bien os debe probar que esa mujer es una...

—Lo que me habéis contado nada me prueba, sino que habéis adquirido en la desgracia la costumbre de mirarlo todo con una prevención poco favorable y casi malévol. Arrancad, arrancad eso de vuestra cabeza, amigo mío; es una planta dañosa.

—Pero una mujer que discurre de ese modo sobre el candor y el platonismo y que se echa por amante primero un Lucioli, á quien va luciendo por todas partes y que se vanagloria de sus favores!...

—Eh, eh!—dijo Spark.—Ese Lucioli se me figura que ha de ser un majadero con sus puntas y ribetes de bellaco, á quien no dejaría yo de solfear las espaldas si le tuviese á la mano y fuera amigo de la princesa.

—Si la ha desacreditado, la culpa es de ella; ¿por qué le ha ido luciendo por todas partes como?...

—Porque es buena y sencilla, como ella misma os lo ha dicho. Sus palabras me parecen sinceras, amigo mío; las creo. Ese carácter me gusta y apruebo esas ideas; yo no digo que deban seguir ese ejemplo las mujeres que no quieran ser calumniadas y perseguidas; pero para un hombre de carácter que se burla de la opinión del vulgo y que no escucha más que la voz de su conciencia, una mujer así es una querida de aquellas á quienes se adora hasta la muerte.

—Confieso, Spark, que vuestra confianza me confunde; no

sé si estoy por abrazaros como al mejor de los hombres ó por compadeceros como á un loco.

—Como gustéis, amigo Luís: me habéis pedido mi opinión y os la digo.

—Y yo daría mi mano derecha por pensar así. Pero, en fin, ¿aquella aventura del reloj? ¿Ese Carlos Dortan?

—Ese Dortan es un bobitonto á quien ella enviaría nora-mala en el momento más crítico de la broma.

—¿Y una mujer de decoro se presta á semejantes bromas? ¿Tan poco caso hace del peligro á que se expone? ¿Echa también á broma la venganza de un hombre ofendido? Yo en lugar de ese Dortan seguiría á una mujer así hasta el fin del mundo y la obligaría á cumplir sus promesas, y luego la escupiría en la cara.

Cubrió un vivo carmín la frente de Spark al oír estas palabras, como si con la idea de semejante violencia se hubiera resentido su alma honrada y pura; mas no tardó en volver á su habitual serenidad, y dijo con un tono de certidumbre que sorprendió á Saint-Julien:

—Esa historia es falsa: ese Carlos de Dortan será algún relojero que habrá vendido á la princesa ese reloj y habrá inventado esa sandía aventura para burlarse de vos, ó porque hay antes de una impudencia increíble, ó porque ese pobre hombre está loco.

—Vos lo arregláis todo á pedir de boca, y yo me he dicho todo eso á mí mismo, sin poder persuádmelo radicalmente... ¿No ví la alegría con que supo la llegada de aquel máscara desconocido?

—¿Y qué prueba eso? ¿No se llora de alegría por la llegada de un hermano y aun de un amigo? Las mujeres son más demostrativas que nosotros, y las italianas lo son entre todas las mujeres.

—¿Pero ese Rosenhaim está escondido en el pabellón?

—Puede que así esté Rosenhaim en el pabellón como Max en la tumba.

—¿Luego no creéis en la muerte de Max?

—No sé por qué se me antoja que ese supuesto corazón embalsamado en una caja de oro, late á la hora de ésta en un pecho muy feliz.

—Pero la princesa misma le da por muerto!

—¿Ella le da por muerto? Entonces será verdad; pero todos podemos morir sin ayuda de nadie.

Y cogiendo de nuevo su pipa, empezó Spark á llenarla con suma cachaza.

—Las quejas que os quedan contra ella—añadió después de haber encendido su pipa, se reducen pues á su aire marcial, su alegría juvenil, su latín, su afición á las mariposas, sus trabajos políticos, su doncella Ginetta, su familiaridad con todos los que la rodean, á quienes tiene la bondad de tratar como á amigos, mientras que ellos no la comprenden, incluso vos, Luís... Pues bien! yo en vuestro lugar la querría con todo el corazón, y pasaría mi vida empleado en agrardarla y servirla.

—Pero si lo hiciese así como vos me aconsejáis, volvería á creer en ella, y me enamoraría perdidamente... y si ella no me amase, sería el más desgraciado de los hombres. Yo en todo soy absoluto y exclusivo, Spark; cuando pienso cómo esa mujer me trastornó la cabeza algún día, conozco que si no me curo por la desconfianza, tendré que clavarme un puñal por desesperación.

—No tal—dijo Spark.

—Os digo que me volveré loco si no me ama.

—Y yo os digo que no, que os consolaréis, y todo se acabará; además, ella os quiere mucho; bien lo prueba todo lo que ha hecho por vos.

—¡Oh! demasiado me ha hecho sufrir esa tranquila amistad; demasiados tormentos he abrigado en mi seno! No me atrevo á volver á empezar.

—Sois un ingrato. Me habéis dicho que esos seis primeros meses fueron los más felices de vuestra vida. Escuchad, amigo mío; veo que no estáis en disposición de juzgar del verdadero estado de vuestra alma, que estáis obcecado por el despecho... creed mis consejos. Antes de saber de qué se trataba, no creía poder resolver la cuestión con acierto; ahora tengo suma confianza en mi dictamen, porque las cosas me parecen claras é indudables. ¿Queréis prometerme que haréis lo que yo os diga?

—Os prometo procurarlo—dijo Luís.

—Pues bien! Encerraos en vos mismo y no abráis vuestros pulmones á la emponzoñada atmósfera que os rodea. Vivid

con Dios y con vuestro corazón, que es bueno. Huid de la corte, de los envidiosos, de los necios, de los malvados, y sobre todo del pajecillo Galeotto. Quedaos al lado de la princesa; yo respondo por ella; el otro día la ví pasar á caballo; su fisonomía me gusta porque es de aquellas que no engañan. Servidla fielmente, y no creáis de ella más que lo que ella os diga; si vuestro amor persiste en haceros sufrir, decídselo sin rebozo; habladla mucho de él y con frecuencia.

—¿Creéis que me escuchará?—dijo Luís cuyos ojos centelleaban de alegría.

—Sin duda os escuchará como ya lo ha hecho; os compadecerá; no os amará probablemente...

—¿Lo creéis?—dijo Saint-Julien abatido.

—Casi con certeza; pero no importa, habladla y ella os consolará con su sincera amistad. Con esa amistad, Luís, con vuestra afición al trabajo, con una conciencia tranquila y un poco de fe en la divina providencia, no seréis desgraciado, yo os lo fio.

—Y si con todo me engaña!—repuso el joven;—si al cabo de diez años de una vida como la que me pintáis, veo con amargura que no he abrigado más que una quimera en mi corazón?

—Habréis tenido diez años de felicidad, y tendréis derecho para decir á Dios cuando comparezcáis ante su presencia: Me han hecho daño y no me he vengado! Y ya veréis lo que Dios os responderá. Oh! creedme, amigo mío; jamás hay que arrepentirse, ni aun en esta vida, de ser bueno; el que de ello se arrepiente, deja de serlo.

—¡Honrado y excelente amigo!—exclamó Saint-Julien apretándole cariñosamente la mano.—Si; seguiré vuestros consejos y vendré con frecuencia á buscar en vuestra compañía el bálsamo de paz que cura las heridas del alma.

Volvió Luís al palacio, descargado el corazón de un gran peso, y por la primera vez al cabo de muchos días, oró con fervor.



XVI

EL día siguiente por la mañana, le hizo llamar Quintilia, y había en su rostro una expresión tal de bondad y contento, que Saint-Julien se sintió muy dispuesto á seguir los consejos de Spark.

—Tengo que dictarte alguna carta—le dijo, dándole con familiaridad un golpecito en el hombro;—siéntate y corta bien la pluma.

Hízolo así el secretario y la princesa le dictó la siguiente comunicación:

«SEÑOR DUQUE:

»Tenéis una arrogante figura, un talento superior y un empleo magnífico; me propongo escribir directamente á vuestro augusto soberano á fin de darle las gracias por haberos elegido para desempeñar cerca de mi persona esa importante y agradable misión. No me es posible veros hoy, con tanto más motivo cuando necesito suma calma y la más austera reflexión para responder, señor duque, á las proposiciones de vuestra excelencia; mucho temería no poder resistir á la persuasiva influencia de vuestro ingenio tratando de viva voz

una cuestión tan grave. Ahora ya, después de una madura deliberación, me creo autorizada por mi conciencia y mi voluntad, á rehusar positivamente la alianza que me ofrece vuestro gabinete. Mis opiniones son invariables en este punto y vos las conocéis. La libertad de hecho establecida por mí, soberana absoluta en virtud de poderes absolutos, etc. etc.»

Dictóle muchos renglones que Saint-Julien hubiera podido escribir por sí mismo, tan al corriente estaba de los sistemas del potentado con faldas de Monte-Regale.

Luego que hubo terminado la parte política de esta carta (y la pasaremos por alto como cosa ajena de esta historia) continuó dictándole Quintilia:

«En cuanto á la pregunta que V. E. me ha dicho que tiene reservada para el caso en que yo me negase definitivamente á entrar en esa alianza, pido por favor me sea expuesta inmediatamente, porque ocupaciones del mayor interés para mí me obligan á hacer un pequeño viaje por Italia: será para mí un verdadero sentimiento abreviar la mansión de V. E. en mis estados y ciertamente desearía que me fuera posible disfrutar de ella por más tiempo.»

—Añadid las fórmulas de costumbre—dijo la princesa y dadme enseguida la pluma.

Luego que hubo firmado y hecho poner en el sobre el nombre del duque de Gurk, tiró de la campanilla y se presentó el paje.

—Llevad esta carta al duque de Gurk—le dijo—y traedme al instante la respuesta. Si solicita verme, le diréis que es imposible.

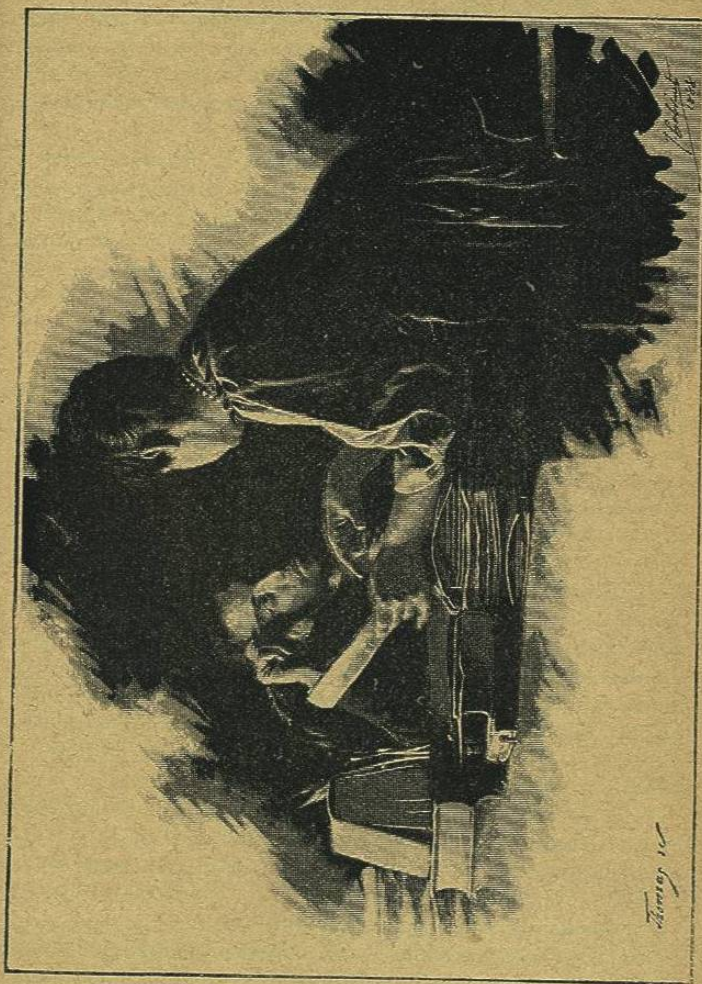
Mucho sorprendió á Galeotto el tono frío y absoluto de la princesa, por lo que tuvo que echar el resto de su presencia de ánimo para darla á entender que traía para ella un mensaje secreto.

—Yo no tengo secretos en que podáis tener parte alguna—le respondió con sequedad;—explicaos delante del señor conde; os lo permito.

Y como el paje titubeaba, añadió:

—Os lo mando.

Galeotto, desterrado hacía ya muchos días de las habitaciones particulares de su Alteza, sin saber por qué, había congado mucho con el momento en que le sería permitido hablar-



la: mas aunque ya había comunicado á Saint-Julien su intención de perjudicar al conde de Steinach, y trabajar en su propio provecho aparentando servir y proteger á aquel magnate, le escocia muy mucho sin embargo tenerle por testigo de su conducta. Nada paraliza tanto una estratagemas como el ojo de un juez pronto á censurar su torpeza ó á maldecir su perfidia.

Con todo, fué preciso hablar; aventuró pues algunos preludios de una explicación entre chusca y misteriosa y acabó por sacar del seno una carta cerrada bajo tres cubiertas; pero Quintilia, á cuyos pies había hincado el paje una rodilla en tierra, no alargó la mano para recibirla y le mandó que la abriera y leyese en alta voz.

Galeotto estaba cada vez más amilanado.

—¿Me habéis oído?—repitió la princesa.

Entonces, sacando fuerzas de flaqueza, leyó Galeotto la carta con tono patético y aparentando una turbación que á cada palabra iba en aumento. Era aquello una declaración de amor del conde de Steinach, redactada en términos tan vehementes cuanto podían permitirlo el decoro y alta categoría de la persona á quien iba dirigida. Declamábala el maligno paje en voz trémula y como si le aterrara la aplicación que á sí mismo podía hacerse de las tímidas y apasionadas expresiones de la carta. Varias veces afectó que le faltaban fuerzas para acabar una frase y aun para sostener el papel en sus manos; en fin, representó tan al vivo aquella comedia, que Saint-Julien hubiera caído completamente en el lazo á no ser por la última conversación que habían tenido sobre el particular, en la que le declaró Galeotto sus proyectos y sus esperanzas.

Pero no fué difícil conocer que ni el amor de Steinach ni el que Galeotto aparentaba cobijar tímidamente bajo las alas de la diplomacia sentimental, hacían la menor mella en el corazón de Quintilia.

—Risa da oír tales sandeces—dijo luego que el paje hubo acabado. Y arrancándole la carta de las manos, la tiró en una cestilla de mimbres que tenía debajo de la mesa, en la que solía echar todos los papeles inútiles.—Pero por poco castizo que sea ese italiano—añadió—el conde de Steinach, que no sabe ninguna lengua, ni siquiera la suya, jamás hubiera

sido capaz de escribirle... ¿Vos sois quien ha compuesto esa ridícula jerigonza, señor Galeotto? Y sin esperar su respuesta, dijo volviéndose á Saint-Julien:

—Escribe otra carta que te voy á dictar; Galeotto esperará y la llevará á donde diga el sobre.

Dictóle una fórmula de despedida impertinente y burlona para Steinach, como la que había dirigido á Gurk; la firmó igualmente, la cerró y se la entregó á Galeotto sin desplegar sus labios. Quiso el paje hacer una pregunta; mas ella le cerró la boca con una mirada y con el dedo le indicó la puerta.

En tanto que volvía de su comisión, entretúvose Quintilia en departir con su secretario amigablemente. Parecióle entonces tan franca y tan buena, que cedió más que al consejo de Spark á los impulsos de su propio corazón, y se sintió aún más que nunca dominado por ella. Lo mucho que había sufrido le hacia saborear con mayor delicia aquella dulce sensación; bendijo interiormente á su amigo y cobró de nuevo confianza en la vida.

Al cabo de una hora volvió Galeotto. Habíase ido ensayando por el camino para mostrarse grave y frío; pero no podía disimular el despecho que le causaba haber sido tratado tan á baqueta por Quintilia. Era ésta naturalmente viva y aun arrebatada; pero por lo común olvidaba en menos de una hora sus resentimientos y hasta la causa que los había producido: aquella vez, sin embargo, recibió al paje tan mal como antes le había despachado. Quiso transmitir una respuesta verbal del conde de Steinach, mas ella le interrumpió diciendo:

—Responderéis cuando se os pregunte.

Y tomando la carta de Gurk, la abrió y se la dió á Saint-Julien.

—Leed en alta voz—le dijo—y vos, señor Galeotto de Strigopoli, sentaos en un rincón, y aguardad mis órdenes.

Saint-Julien leyó:

«SEÑORA:

»La respuesta de vuestra Alteza es tan decisiva, que creería faltar al respeto que la debo insistiendo en mi pretensión; obedezco pues la orden que me da, sometiéndola textualmente la reclamación de mi soberano.

»Un enviado de nuestro gabinete, el caballero Max, encar-

gado, hace quince años, de representar al príncipe de Monte-Regale en los exponsales de vuestra Alteza, se estableció en esta corte con el consentimiento de sus protectores; pero habiendo sido llamado al cabo de cuatro años, no respondió á las órdenes de su gobierno ni nunca más se volvió á presentar. Hoy se le intima la orden de dar cuenta de su conducta durante esa larga ausencia y de comparecer ante mí, duque de Gurk, ministro plenipotenciario, etc., etc., para entregarme ciertos papeles y responder á ciertas preguntas que deben decidir de su identidad. Á falta de este acto de sumisión de parte del caballero Max, vuestra Alteza deberá dar las pruebas de su muerte ó designar el lugar de su retiro; y á falta de esta satisfacción será declarada en estado de hostilidad contra nuestro gobierno, etc...»

—Muy bien—dijo Quintilia;—tomad la pluma y escribid.

«No reconozco en ningún soberano de la tierra el derecho de hacerme una reclamación arbitraria ó una pregunta absurda. Yo no tengo que dar cuenta á nadie de las acciones de los demás, y jamás príncipe alguno, pequeño ó grande, fué el guardián de los extranjeros residentes en su territorio. Todo lo que puedo hacer en obsequio de vuestra corte es permitirlos publicar y pregonar en mis estados una orden dirigida directamente al caballero Max, de parte de su soberano; y si él la obedece, será para mí una satisfacción ver cesar las inquietudes de vuestra corte sobre este punto.»

Firmó Quintilia la carta, la cerró y dirigiéndose al paje:

—Ahora, caballero—le dijo,—¿qué embajada traéis de parte del conde de Steinach?

—El conde en su desesperación...—respondió Galeotto.

—Dejad frases á un lado—interrumpió Quintilia—y decidme: ¿á qué se decide?

—Se somete á las órdenes de vuestra Alteza.

—¿Qué órdenes? Yo le he dado á escoger entre retirarse ó callar.

—Callará.

—Sea enhorabuena; ese no pasa de ser un necio y no quiero ofenderle si no me obliga á ello: el otro es un insolente. Id á llevar mi carta y volved.

De nuevo empezó la princesa á departir con Saint-Julien de cosas indiferentes; tenía tanta sensatez y penetración, que al

fin acabó el secretario por declarar absurdas sus sospechas.

Volvió Galeotto, pidiendo de parte del duque de Gurk el favor de una audiencia á solas antes de su partida.

—Ya veremos—respondió Quintilia;—bastante hemos hablado de esos señores por hoy; hablemos ahora de vos, señor Galeotto de Stratigopoli. Llevaréis ese billete á mi tesorero, quien os entregará una cantidad que os pondrá en estado de viajar por algunos años; tal creo que es el objeto de vuestros deseos. No llevaréis á mal que yo disponga dentro de algunas horas, para vuestro sucesor, de la habitación que ocupáis en palacio. Para facilitar vuestra partida, he encargado caballos de posta que vendrán á buscaros esta tarde y os conducirán hasta la frontera; os suplico que conservéis el carruaje para continuar vuestro camino; vos mismo designaréis la dirección que más os convenga seguir. Ruego á Dios que os prospere largos años y tengo el honor de besaros la mano.

Galeotto, herido del rayo, quedó pálido como un difunto y tartamudeó algunas palabras inconexas; mas pronto leyó en los ojos de la princesa que su resolución era irrevocable, por lo que supuso que Luis le había vendido. Indeciso sobre el partido que tomaría, pero precisado á obedecer y resuelto á vengarse, hizo un profundo saludo y salió sin decir palabra.

Quiso Saint-Julien interceder en su favor, pero la princesa le impuso silencio con afabilidad y le permitió que fuese á despedirse del paje.

Hallóle al pie de la escalera principal y manifestó su sorpresa y su sentimiento con tanto candor, que el paje quedó sin saber á qué atenerse acerca de sus viles sospechas.

—Si no eres sincero en este momento—le dijo,—eres el primero de los hipócritas y el último de los hombres. Ello, en fin, nada sé, nada creo; me parece que estoy soñando: no sé lo que me pasa, ni lo que siento, ni lo que debo hacer.

—Debes aparentar que estás resignado á obedecer—le dijo Luis—y aguardar en la frontera á que pase el chubasco: entonces es imposible que su Alteza tenga quejas serias de ti y que no te vuelva á llamar. Habrá sospechado tus enjuagues con el conde Steinach y habrá querido asustarte; pero yo te justificaré lo mejor que pueda, Gina llorará á sus pies, tú la escribirás y al fin se dejará aplacar.

—¿Qué sé yo? ¿qué sé yo?—dijo el paje con notoria descon-

fianza.—Yo no sé si tú me vendes; yo no sé si la Gina me da esta noche por sustituto el paje de Steinach, ó el volante de Gurk, mientras la princesa recibirá en el pabellón al misterioso Rosenhaim, á quien tan tiernamente abrazaba anoche en el parque llamándole *su único* amor, ó bien al duque de Gurk que acaso llegará á hacerse temer, ó al de Steinach, á quien aparenta desdeñar, ó al tierno Saint-Julien que ha sabido ocultar su devota indignación ó que se ha hecho tolerante... Yo no sé lo que pasa en las cabezas de los demás; si me engañas, buen secretario, espera un poco antes de cantar victoria; aún no me doy por vencido... ¡Esperemos!... Ven ahora conmigo á la tesorería, y te permito que repitas á la princesa todo lo que me veas decir y hacer.

Entraron juntos en el despacho del tesorero, á quien presentó Galeotto el billete que le dió Quintilia cerrado. Cuando dijo el tesorero la cantidad que iba á entregar al pajecillo, tuvo éste como un vahído, tanto era aquella superior á la que había esperado en su mezquina ambición, y aun por un momento estuvo á punto de abandonar el singular proyecto en que había ido pensando por el camino; pero mientras el tesorero contaba la suma, púsose á dar vueltas por el cuarto con la cabeza muy caliente y de nuevo empezó á discurrir. Aquel pequeño capital le ponía en estado de satisfacer su afición á viajar y de ir á presentarse con cierta dignidad en alguna otra corte más importante que la de Monte-Regale; pero si llegaba de esta suerte al logro de un deseo de muchos años, renunciaba á una empresa concebida pocos días antes. En su pasión por la intriga, había sonreído á la esperanza de luchar con la experiencia y lo que él llamaba habilidad de Quintilia; habíase propuesto, por objeto de sus primeras armas en aquel género, desbaratar, aunque no fuese más que por poco tiempo, á dos rivales más favorecidos por la fortuna y más arrogantes que él: echarlos por tierra le parecía una satisfacción necesaria á su amor propio ajado. En fin, mientras que una codiciosa vanidad le excitaba á tomar el dinero é ir á otra parte á buscar otro género de placeres, una vanidad refinada, un verdadero despecho de cortesano, le impelía á sacrificar su hacienda á la esperanza incierta de un frívolo triunfo.

Venció en fin el despecho, y en el momento en que le presentó el tesorero una parte de su caudal en oro y el resto en

letras contra varios bancos extranjeros que él mismo había designado, pidió papel para poner un recibo, hizo en él una declaración de amor á la princesa y la anunció que nada necesitaba en el mundo, pues iba á morir de pesadumbre. Pidió enseguida la carta-orden firmada por ella que acababa de entregar al tesorero, la hizo pedazos, metió éstos en su carta, encargó á aquél que la enviase á Quintilia, tiró desdeñosamente las letras sobre la mesa, dió un revés teatral á los montones de oro, y volviendo la espalda al tesorero estupefacto, salió sin llevarse un maravedí.

Saint-Julien, que no vió en aquel proceder más que un acto de noble altivez, le aprobó y puso en el instante mismo á disposición del paje cuanto poseía.

—¿Qué sé yo? qué sé yo?—repitió éste, siempre sobre sí;—es posible que estés de buena fe y también lo es que me hagas esa oferta sin gran mérito. En todo caso, de nada necesito pues no voy lejos y no se pasará mucho tiempo sin que oigas hablar de mí; puedes decírselo á su Alteza. La frontera más lejana está á tres leguas... Adiós, adiós; mil gracias por tu amistad si es verdadera; si es fingida, ya veremos de pasarnos sin ella.

Subió en su coche hablando siempre en el mismo tono, con lo que dejó á Saint-Julien no menos ofendido que pesaroso de aquellas ruines sospechas. Solicitó ver á la princesa y la refirió la magnánima conducta del paje, suplicándola que le levantara el destierro; pero Quintilia, que había recibido ya la carta de Galeotto por conducto de su tesorero, no dió grande importancia á aquella fanfarronería:

—No puedo complacerte—le dijo;—no vuelvas á hablarme de él, porque me disgustarías sin adelantar nada. Él te acusa de haberle perjudicado conmigo, pobre Giuliano; acepta esta injusticia en castigo de las que tú has cometido y aprende, hijo mío, por experiencia propia, cuán dura cosa es verse acusado sin ser culpable.